

Callejón del Gato

Néstor Almendros

José Ramón Enríquez

Jean Itard (1774-1838), el pedagogo interpretado por el propio Truffaut, descubrió que el oído de *L'enfant sauvage*, reaccionaba a la vocal “o” y podía repetirla para obtener agua (*eau*). Decidió nombrarlo Victor. Antes de hacerlo, jugó en su película con llamarle Néstor. No fue casual. Era 1969 y Néstor Almendros, el gran fotógrafo (aprendió de la luz natural y de las reflexiones especulares en los mejores pintores clásicos), que trabajaba por primera vez con Truffaut, era hijo de uno de los pedagogos señeros de la República española, y el inverso del personaje: su reflejo especular.

Para esa cámara, la sensibilidad de Truffaut sólo podía haber elegido un *Concierto para flauta* de Vivaldi. En contraste, Victor era atormentado por los chillidos de la multitud. Lo repetiría Néstor Almendros en *Conducta impropia*, de 1984, cuando documentó “la moda del repudio” de chusma castrista que, también entre chillidos, tiraban huevos a los homosexuales y demás “escoria” (incluido Reinaldo Arenas) que salieron por el Mariel en 1980.

Lo traigo a mi Callejón del Gato para perderme en un laberinto especular y reconocirme en la reflexión de alguien con quien apenas tuve coincidencias pero que me resulta definitivo. Escribo acerca de un encuentro que no se dio entre dos seres llenos de sueños y de voluntad para transformar la historia. Y escribo acerca de un desencuentro que sí se dio, entre esos dos mismos seres y las respectivas burocracias que se dijeron dueñas absolutas de los sueños y de las voluntades para transformar la historia.

Hubiese querido mucho a Néstor Almendros. He visto fotos suyas a los 16 años, con sus gafas de carey y su sonrisa implorante de niño tímido. Hubiera soñado con

él, quizá nos hubiésemos tomado temblorosos de las manos. Pero cuando él, en Barcelona, llevaba esas gafas y esa mirada de hacedor de luz, yo tenía apenas un año de haber nacido, muy lejos de su Barcelona, en mi Ciudad de México.

Néstor había nacido el 30 de octubre de 1930, meses antes de triunfar la República española. Fueron nuestros padres dos pedagogos, seguidores de Célestin Freinet, que debieron exiliarse: en La Habana, Herminio Almendros; en México, Isidoro Enríquez Calleja. Almendros tuvo que dejar a su familia en España y ahorrar para un viaje que lo llenaba de dudas. En una carta a mi padre, fechada en La Habana el primero de octubre de 1946 (que tengo en mi poder), le escribía:

“Néstor es un verdadero intelectual. Le ha dado por informarse de cuestiones de cine y, según dice su madre, tiene la documentación más completa que se puede imaginar. A mí me descubre cosas del cine de por aquí que yo ni conozco. Y cuando me dice los autores que prefiere leer, me quedo asombrado: buena orientación y lecturas copiosas.

”Ya ves lo que me habría gustado haber estado a su lado. Últimamente no he dejado de pensar en si debo decidir traerlos. Estaría yo bien con ellos pero ellos perderían su norte ya enfocado allá. ¿Qué hago aquí con Néstor y con Sergio? ¿Meterlos en un despacho para que ayuden a vivir?”.

La duda se resolvió un par de años después para que Néstor no hiciera el servicio militar en un ejército fascista. En el 48 llegó a La Habana y no perdió su norte. En una entrevista narró la anagnórisis (ya no recordaba a su padre) en el barco del cual no podía descender porque estaba en cuarentena.



Néstor Almendros con François Truffaut

A los 25 años, tras obtener su título en filosofía y letras, se fue a Nueva York a estudiar cine y, luego, a Roma. Pero el triunfo de la Revolución cubana lo convocó para soñar en un mundo nuevo y transformar la historia. Muy pronto, decepcionado por la realidad, en el 62 se fue a París a encontrarse con la *nouvelle vague*.

Yo, tras ser un niño débil, gafas precoces, con migraña y de vómito fácil e inoportuno, llegué al colegio de los jesuitas y fui feliz. Tanto que, en 1963, decidí ser uno de ellos, para sorpresa de mi padre que, sin entender, me alentó. Almendros me invitó a vivir la aventura revolucionaria en Cuba. Me negué y Almendros escribió a mi padre: “¡Qué pena! ¡Con lo mucho que habría servido en el mundo que se avecina, si no es que salta!”.

Respetó mi decisión tal vez porque intuía que ese mundo había saltado, como lo denunció Néstor Almendros (incluidos los crímenes en esos campos de trabajos forzados que se llamaban UMAP) en su documental de 1984, *Conducta impropia*, y luego en *Nobody Listened*, de 1987.

Cuánto me hubiera gustado que Néstor me enseñara a pronunciar la o y a ver la luz frente a un espejo como Itard a Victor, con una flauta de Vivaldi como fondo musical. **u**